

carta a los
SOCIALISTAS

con ocasión
del Congreso de Unidad
"Salvador Allende"

APS
004

Carlos Altamirano Orrego
París, octubre de 1990

Estimados compañeros:

En vísperas de celebrarse el Congreso de Unidad "SALVADOR ALLENDE", he decidido dirigirme a los dirigentes y militantes socialistas y, en general, a la izquierda chilena, interrumpiendo así la actitud de absoluta reserva que he guardado en la vida partidaria. Lo hago a sabiendas de que no tendré otro medio de participar en tan importante evento y, además, impulsado por acuciantes preocupaciones de orden político, moral e intelectual, que desearía compartir con ustedes.

Razones de esta carta

Si he roto mi silencio, ha sido motivado por un imperativo ético y político, ajeno a todo interés personal. Me guía, exclusivamente, la voluntad de servicio a mi Partido y, también, a la izquierda chilena. Siento una profunda inquietud en cuanto a las interrogantes que hoy se plantean al socialismo y a las respuestas que éste deberá dar para continuar siendo actor fundamental de la reconstrucción democrática y de la transformación social de Chile.

Dichas preocupaciones tienen que ver, en primer lugar, con lo crucial del momento histórico por el cual transita Chile y las opciones y desafíos planteados.

En segundo término, dicen relación con la gigantesca y multifacética remodelación que se está produciendo en las estructuras fundamentales del mundo contemporáneo.

También se refieren a la imprescindible necesidad de continuar la profundización del proceso de renovación teórica y política del socialismo, condición *sine qua non* para contribuir a una perdurable consolidación de la democracia y para la formulación de un nuevo y ambicioso proyecto de inspiración nacional, democrático y humanista.

Por último, estas preocupaciones se refieren a las perspectivas del socialismo luego del irreversible y catastrófico colapso de los sistemas fundados en el "marxismo-leninismo" y de sus trascendentales implicaciones en el devenir histórico.

BIBLIOTECA
CLODOMIL ALMEYDA
004
545. 001

Reabrir "Las Grandes Alamedas": tarea para la enorme mayoría de los chilenos

Chile se encuentra en los albores de una nueva y promisoriosa etapa de su historia. Gracias a la lucha y al sabio instinto político del pueblo, se está por concluir un período que, sin lugar a dudas, estará entre los más oscuros y traumáticos de nuestra vida nacional. Durante él, Chile dejó de merecer el respeto de las naciones civilizadas. Respeto que le venía de su original y específica historia democrática, para transformarse en sinónimo de terrorismo de Estado, de opresión, violencia y muerte, de consumismo elitista, de pretencioso modernismo y arrogante tecnocratismo.

Junto con ir concluyendo ese período infausto, se está abriendo un nuevo ciclo histórico y, con él, la posibilidad de reiniciar, dentro del marco de un Estado de Derecho, la senda trazada en el siglo pasado por Portales, Bulnes, Montt y Balmaceda, y profundizada, en este siglo, por Alessandri Palma, Aguirre Cerda, Frei y Allende, en pos de la construcción de un Estado moderno, basado en la observancia irrestricta de las leyes, en la tolerancia de las ideas, en el pluralismo de las opciones y, por cierto, no sometido a caudillismos mesiánicos ni autocratismos militares desintegradores.

Una cuestión deberá estar fuera de toda duda: con el gobierno de Patricio Aylwin se inicia más que un nuevo período presidencial. Comienza un ciclo de nuestra historia, cuyo sentido profundo reside en coronar, para decirlo con palabras de Francisco Encina, la "poderosa sugestión portaliana".

Chile, debemos recordarlo, fue la única nación del mundo hispanoamericano, y sólo algunas décadas después de la independencia norteamericana, capaz de fundar un Estado y una nación bajo la estricta sumisión del poder militar al poder civil, en el imperio de la ley, en la grandeza y probidad del servicio público.

Hoy debemos dar pasos decisivos hacia la consolidación y la profundización de la democracia, hacia la modernización sustantiva de las estructuras sociales y económicas, hacia la dinamización de la cultura,

de la ciencia y de la técnica, hacia la inserción de Chile en los grandes procesos del mundo contemporáneo, hacia la justicia social y la dignificación de las fuerzas de trabajo, de la creación, del arte y, por cierto, de la empresa.

Este es el apasionante desafío que enfrentamos. Para estar a la altura de sus exigentes cometidos, la izquierda, en general, y todas las fuerzas políticas comprometidas con el ideal democrático, incluidas muchas de la derecha, debemos asimilar las lecciones de la historia nacional y mundial.

Esta nos enseña que los pueblos pueden superar sus experiencias más dolorosas, "sus momentos grises y amargos", como habría dicho Salvador Allende, transformándolos en fuente de poderosos impulsos creadores, a condición de no vivir ensimismados en la tragedia y en el odio pasados. Europa nos da al respecto un ejemplo inolvidable. Desgarrada por siglos de conflictos nacionales y religiosos, destrozada por dos guerras mundiales y por el horrible holocausto de los judíos, ha sabido levantarse por encima de sus odios y rencores ancestrales y avanzar con paso decidido hacia la unidad económica, cultural y política. Ha asimilado las trágicas lecciones de su historia, poniéndolas al servicio de un gran Proyecto de significación universal: la formación de una nueva nación europea.

¿Serán Chile y nuestra América Latina capaces de superar sus divisiones y los mezquinos resentimientos, plasmando una nueva y generosa empresa de unidad continental?

En otros tiempos, también convulsionados y revueltos, Arturo Alessandri afirmó: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo". Estas palabras, de ordinario trivializadas, resuenan, hoy, con ecos particulares. La construcción de un nuevo Chile, reconciliado consigo mismo y próspero, exige la superación del odio. Pero esta superación no puede tener como base el simple olvido, la amnesia general, un inmorral pragmatismo. Sólo puede ocurrir a través de la búsqueda de la verdad, de la identificación de responsabilidades en la atroz y sistemática violación a los derechos humanos sufridos por nuestro país. No se trata de buscar venganza, sino de hacer justicia.

Si tenemos altura de mira y alguna objetividad, debemos reconocer que todas las partes involucradas en el drama de 1973 tienen una importante cuota de responsabilidad política en el deterioro del clima nacional y en la puesta en marcha del mecanismo que, finalmente, habría de conducir a la ruptura de la institucionalidad. Otra cuestión, muy diferente, por cierto, es la de las responsabilidades morales y penales en la perpetración de crímenes y delitos comunes, cometidos en nombre de supuestas exigencias de “guerra” o de política.

Chile y un nuevo proyecto histórico

Chile exige un nuevo proyecto de sociedad, ajeno a toda perspectiva estrechamente clasista de la realidad social y de su historia. En el pasado, la izquierda chilena fundó sus proyectos de cambio y transformación en visiones restrictivas de clase, lo que, en cierta medida, explica su insuficiente capacidad de convocatoria y, en más de alguna ocasión, la exacerbación artificial de los conflictos sociales.

El énfasis clasista de la izquierda, unido a las viejas intrasigencias de la derecha y el afán hegemónico de la Democracia Cristiana, han perpetuado la división de la opinión pública en tres tercios, frustrando con ello muchas de las reformas necesarias y reproduciendo una especie de crisis política crónica. A mi juicio, es hora de terminar con este mal de la democracia chilena que tan caro nos ha costado.

Por lo que a nosotros nos toca, la experiencia debiera enseñarnos que no es ni será tarea de una clase ni de “vanguardias revolucionarias” la de construir la democracia en Chile y la de reiniciar una nueva vida, en paz y progreso.

El desafío que enfrenta el país es y será tarea para la inmensa mayoría de los chilenos, capaces de unirse en torno a los superiores ideales de libertad y de justicia social, en una perspectiva coherentemente democrática y pluralista.

El comienzo de este nuevo, complejo y exigente ciclo histórico, sorprende al Partido Socialista en un doble y simultáneo proceso de reno-

vación y reunificación. Para cumplir su papel de convocador y animador central de esta enorme mayoría para los cambios, el Partido deberá dar término a dichos procesos. Ello no ha ocurrido aún. En mi impresión, el Partido Socialista dista mucho de ser percibido como el referente intelectual y moral indiscutido de la izquierda chilena y de la opinión pública nacional. Eso se relaciona, fundamentalmente, con una desaceleración del impulso renovador y con las dificultades para transformar dicho impulso en tema central de la reunificación. Volveré sobre ello más adelante. Por el momento, me interesa ante todo destacar la vinculación existente entre las respuestas a ciertas interrogantes cruciales y la suerte de la renovación, entendida ésta como “viga maestra” de una auténtica y orgánica reunificación. He aquí algunas de estas interrogantes:

- a.— ¿Qué socialismo es el adecuado para nuestro país, sobre todo a partir del colapso del “socialismo real” y de la crisis del “marxismo-leninismo”?
- b.— ¿En qué medida ambos fenómenos han sido vividos y asumidos por hombres y mujeres en toda su trascendencia histórica?

El mundo giró en 180 grados en sólo algunos meses. Hoy, él es cualitativamente diverso al de ayer y, en consecuencia, requiere respuestas cualitativamente distintas. Grandes ideas y enormes procesos que habían caracterizado su evolución simplemente han desaparecido. La contradicción Este-Oeste, por ejemplo, ya no existe. La oposición entre capitalismo y socialismo ha perdido en gran medida su dramatismo. La noción de “Tercer Mundo” no corresponde a la realidad, puesto que no existe un “Segundo Mundo”. El “Movimiento No-Alienado” ha perdido su razón de ser. El propio nombre de “Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”, cada día corresponde menos a la realidad. Ni hay tal unión de repúblicas, puesto que cada día una de ellas ha proclamado su independencia y, además, varias de ellas han negado explícitamente su condición de socialistas, y con mayor razón de soviéticas. El mundo dividido en bloques militares está en proceso de disolución.

En consecuencia, deberemos inventar palabras y elaborar nociones para definir las nuevas realidades, deberemos rehacer nuestro edificio conceptual, redefinir nuestros “amigos” y “enemigos” y reformular nuestra estrategia.

- c.- ¿En qué medida el fin del colonialismo y, hoy, el colapso del “socialismo real”, la tendencia a la conformación de una sociedad planetaria, las transformaciones ocurridas en el seno del propio capitalismo, la transnacionalización acelerada de la economía mundial, la revolución informática, el descubrimiento de la energía nuclear, el imprescindible equilibrio ecológico, las desigualdades crecientes entre Norte y Sur, las reivindicaciones de la mujer, transforman nuestra idea de socialismo?
- d.- ¿Cuál es nuestra posición respecto al leninismo? ¿Acaso él es compatible con la idea-fuerza actual de construir el socialismo a través de la profundización democrática y no como producto de la revolución social?
- e.- ¿Cuál es nuestra opinión respecto al marxismo como ideología y como método y su vinculación con el socialismo de hoy?
- f.- ¿Cuál es nuestra conclusión frente al fracaso del “socialismo real” y sus enormes implicaciones presentes y futuras?
- g.- ¿Cuál será la evolución futura de los países de Europa del Este, de la URSS, de China o de Cuba? ¿Transitarán, en definitiva, al capitalismo? ¿O restan aún potencialidades socialistas en algunos de ellos? ¿Lograrán inventar un nuevo socialismo?
- h.- ¿Cuál es nuestra percepción del fenómeno imperialista en la presente etapa post-comunista de la historia? ¿Cuál debería ser nuestra política concreta anti-imperialista?

Cada una de estas interrogantes exige una respuesta, aunque ella sólo fuera aproximada. No podemos ni debemos reiniciar nuestro quehacer político pensando que “por el camino se arreglan las cargas”. No es así, y la realidad pasada lo demostró suficientemente.

Ruego a ustedes, estimados compañeros, me disculpen por la forma

un tanto abrupta de mi planteamiento. Ello se debe a que me resulta muy difícil imaginar la alborada de un Chile nuevo, justo, abierto, pluralista, moderno y secularizado, con una izquierda y un socialismo que no hayan logrado superar las insuficiencias y las ambigüedades del pasado.

Chile inmerso en un gran viraje de la historia universal

Vivimos en una etapa de cambios radicales. Somos testigos de una las mayores mutaciones de la historia universal; de transformaciones de magnitud planetaria. Este período iniciado aproximadamente en los finales de la década de los años setenta, constituye un viraje sin precedente de la historia, sólo comparable al que experimentaron los tiempos modernos en los siglos quince a dieciocho de la era cristiana. La dinámica del progreso se ha acelerado aún más durante los últimos treinta años, abriendo nuevos y sorprendentes horizontes, pero creando también nuevas y angustiosas incertidumbres.

No ha existido otro período histórico de creación tan fértil y de empresas más temerarias, salvo aquel que comenzó con los grandes descubrimientos hispano-lusitanos, con el renacimiento italiano, con la reforma religiosa alemana, con el siglo de las luces francés y con la revolución industrial inglesa. En síntesis, aquel en que Europa se transformó de una sociedad feudal a una sociedad capitalista.

Un nuevo mapa universal se está diseñando a contar de los últimos seis meses del año 1989. A lo menos diez importantes conflictos regionales fueron resueltos, de común acuerdo, entre Moscú y Washington. Emergió un nuevo gigante en el centro de Europa: Alemania, reunificada por segunda vez en su historia. Irak aparece desafiando al conjunto de las potencias occidentales, con lo cual el conflicto Norte-Sur adquiere una nueva dimensión.

Contradiendo la predicción de Marx, resurgen nuevamente los viejos integrismos religiosos y despiertan nuevos nacionalismos locales. El imperio soviético, asaltado por ambos fantasmas y por la ineficacia de su sistema, se halla en completa descomposición; incluso EE.UU.

demuestra claros síntomas de agotamiento, con lo cual resurge el mito de su decadencia con mayor fuerza. El mundo bipolar de ayer, en lo militar e ideológico, ha estallado en mil pedazos, recuperando sus fueros la tricontinental económica: Estados Unidos, Europa y Japón.

Ante este gigantesco sismo cultural, tecnológico y geo-político, debemos reformular nuestras interrogantes y dudas.

Revolución científico-técnica

En el núcleo central de este cambio de época, se encuentra el vertiginoso desarrollo de las ciencias naturales y de la capacidad humana para transformar y dominar el mundo material para reunir, procesar y transmitir información. Esta verdadera revolución en la ciencia y en la tecnología, basada en la electrónica, la informática, la bio-química, la sinérgica, la telemática y la física nuclear, es hoy, si se me permite la analogía, el verdadero “motor de la historia”.

Ella constituye el factor decisivo del cambio social y, a la vez, el principal desafío para las naciones y pueblos del mundo aún no desarrollados. El conocimiento y el saber es la principal riqueza de hoy.

Junto con ampliar a una escala sin precedente la capacidad del hombre para fundamentar su acción transformadora sobre bases racionales, este enorme salto cualitativo en el conocimiento y el saber humano ha puesto en jaque los instrumentos intelectuales de que disponíamos hasta ahora para explicar el mundo. La dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones sociales, entre naturaleza y sociedad, entre necesidad y libertad, se ha tornado extraordinariamente compleja y no es ya interpeable de manera satisfactoria en el marco conceptual de la sola teoría marxista. Por lo demás, son el conjunto de las ciencias sociales y humanas las que se hallan en seria crisis y exigen un salto proporcional al espectacular desarrollo tecnológico.

El Capitalismo moderno

Estos trascendentales cambios “civilizacionales” han ido de la mano con la transformación del capitalismo como sistema productivo y como orden social. En el centro de esta colosal mutación se encuentra el fenómeno de la internacionalización del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones sociales capitalistas, protagonizado por las empresas transnacionales.

Tan lejos ha ido este fenómeno que, según estimaciones recientes, trescientas corporaciones transnacionales generan cerca del 30 por ciento del Producto Mundial Bruto y controlan más de la tercera parte del comercio mundial. El capitalismo no sólo no se ha colapsado, como lo venían profetizando desde hace más de un siglo los marxistas, sino que ha demostrado ser el sistema social más dinámico y con mayor capacidad de adaptación. En su forma transnacionalizada, robotizada e informatizada constituye, a no dudarlo, el centro hegemónico del orden económico mundial.

Por el contrario, el sistema social que pretendía erigirse en alternativo, el del “socialismo real”, demostró su ineptitud para adaptarse a las nuevas condiciones creadas por la aceleración del progreso científico y técnico y ha concluido desplomándose.

¿Cuáles son nuestras conclusiones acerca de este acontecimiento tan enorme como imprevisible? ¿Ha sido vivido él como una irreparable tragedia histórica, o bien, como una necesaria e imprescindible revolución democrática? Bajo el motor del progreso técnico, el centro de gravedad de las economías capitalistas desarrolladas se ha desplazado desde los sectores de la producción material hacia los sectores de servicios. Junto con ello, el centro de gravedad de la estructura social se ha trasladado desde los sectores obreros —el proletariado industrial clásico— hacia una gran variedad de estratos medios, altamente calificados.

Así, el capitalismo avanzado tiende a reducir velozmente el porcentaje, la cuantía y significación —económica, social y política— del viejo proletariado industrial, contrariando de paso uno de los postulados más esenciales de la teoría social marxista.

La aldea planetaria

La internalización de los procesos productivos, estimulada hoy por la nueva revolución informática, refuerza las tendencias a la consolidación de una economía y sociedad planetaria.

En el mundo de hoy, las economías y sociedades fundadas en estados nacionales tienden a desaparecer. El mundo se unifica y la lógica que lo impulsa y rige es la del capitalismo: para unos en transición acelerada a una etapa “post-fordista”; “post-industrial” para otros; o “post-moderna” para terceros.

Más allá de la propiedad en el uso de estos términos, lo importante es destacar la aguda percepción de la mayoría de los científicos sociales, economistas, historiadores, ensayistas y pensadores de que nuestro mundo está tocando a su fin y de que nos encontramos en los inicios de otro, sustancialmente diverso al anterior. Nos hallamos en la cima de un gran cambio histórico. Del nacimiento de una civilización y sociedad global.

Remodelación del mundo en torno a la creación de nuevas y gigantescas estructuras regionales

En este proceso de creciente interdependencia y acelerada mundialización de las economías y culturas, cada vez más sólo cuentan los nuevos y grandes conglomerados demográficos y regionales.

Esto explica la intensificación de los esfuerzos europeos por dar cima a su proyecto histórico de unidad continental y de la viva preocupación de Europa Oriental y de la Unión Soviética, por no quedar excluidos de esta dinámica integradora. Además, da cuenta del empeño de EE.UU. por organizar su propio mercado común, incluido Canadá y México y, de ser posible, el mercado común panamericano.

Por último, revela la estrategia de Japón orientada a crear un gran espacio económico en el Asia Sur Oriental y el Pacífico. En este cuadro sólo dos continentes evidencian un marcado retraso: América Latina y África.

El “Estado Nación”

Como consecuencia de los complejos procesos de mundialización de la economía, de la política y de la cultura, las dimensiones del Estado se han visto reducidas y sus funciones modificadas. Esta parece ser una tendencia irreversible y todo indica que las funciones del Estado nacional —creación de la burguesía europea durante los siglos quince y dieciséis— serán asumidas crecientemente por diversas instancias multinacionales o bien mundiales, y por las nuevas organizaciones regionales. El caso más pragmático de esta nueva tendencia lo constituye “La Comunidad Económica Europea”.

Paradójicamente, debemos constatar que, contrariando las previsiones de Marx y Engels, ha habido una mayor tendencia hacia la “extinción del Estado” en los últimos veinte años de capitalismo, que en los setenta años de “socialismo real”, en la URSS y demás “democracias populares”.

Chile no ha escapado a este poderoso movimiento “mundializador” desatado bajo el impulso del capital transnacional. El tiene un indudable aspecto positivo, cual es el de no quedar marginados de los procesos fundamentales de la economía mundial y de los avances tecnológicos. Tiene también aspectos negativos en términos de crecientes disparidades sociales, nacionales y regionales; de un dramático deterioro del medio ambiente; de una fuerte erosión de las identidades y culturas nacionales; de una manifiesta pérdida de soberanía.

La dictadura militar impulsó la nueva orientación a un altísimo costo social, moral, político y ecológico. Al nuevo gobierno y a los que le sucedan, corresponderá la tarea de maximizar las ventajas de dicha orientación y de minimizar sus costos. Desde este punto de vista, adquiere enorme importancia la reformulación de las tareas del Estado, no para una simple vuelta al pasado, sino para reforzar su política social y sus responsabilidades estratégicas.

Para mejorar su forma de inserción en la economía mundial y aumentar su capacidad de negociación frente a las empresas transnacionales, Chile deberá realizar los mayores esfuerzos en pro de la concreción de un mercado común, tal vez, en sus inicios, en el Cono Sur.

Democracia, tendencia universal

El mundo contemporáneo se halla atravesado por un movimiento democratizador de alcances verdaderamente universales. Este impulso, aunque insuficiente y parcial, constituye un buen augurio. Da cabida a la esperanza de que la presente mutación histórica pueda permitir el tránsito a una sociedad más vivible y humana para el ochenta por ciento de la humanidad, hoy excluida del progreso.

Esta revolución democrática de tendencia mundial ha tenido, por el momento, su epicentro en Europa Oriental, URSS y China. Ella asestó un golpe definitivo a los regímenes totalitarios de inspiración marxista-leninista.

Problema crucial: la defensa de los equilibrios ecológicos

Este gran viraje de la historia tiene, sin embargo, dimensiones particularmente graves. Una de ellas dice relación con el deterioro de los eco-sistemas, lo que nos lleva a estar en la dramática perspectiva de un "apocalipsis ecológico". Este problema excede con mucho a una perspectiva exclusiva de luchas de clases o a la consabida contradicción principal, en la presente etapa histórica, entre capitalismo y socialismo. Como lo ha afirmado certeramente Mijail Gorbachov, se trata de un problema de supervivencia y de racionalidad global, de responsabilidad y concertación globales.

El desastre ecológico se ha dado, por lo demás, en los dos sistemas sociales hasta ayer en pugna. Con todo, el del "socialismo real" ha demostrado ser tan depredador como el del capitalismo.

La reivindicación de los derechos de la mujer, otro tema central de la modernidad

Un rasgo sobresaliente de esta enorme transformación en curso

reside en el proceso de emancipación de la mujer. Ella constituye un cambio decisivo en la organización y calidad de las sociedades contemporáneas y una de las dimensiones fundamentales de la revolución democrática mundial.

Se trata de un fenómeno multifacético, aún en una temprana fase de su análisis teórico. En todo caso, nadie desconoce que él fue completamente ignorado por los clásicos de la teoría social, incluido Marx, y su estudio exige un abandono de la óptica puramente clasista y economicista.

La bomba nuclear y la paz mundial

El actual cambio histórico se halla también atravesado por agudas paradojas. Una de ellas reside en que el rápido desarrollo científico técnico ha conducido al "empate nuclear" y al equilibrio al borde del holocausto. Este avance gigantesco en el perfeccionamiento de los medios de producir y destruir ha puesto fin a la lógica klausetzviana. En la medida en que los países del "club nuclear" elevaban sus capacidades destructivas y que otros lograban ingresar a él, se ha tomado casi imposible "continuar la política por otros medios", ésto es por la guerra. Una vez más ha sido Gorbachov el dirigente político más sensible y responsable en relación con este problema. La síntesis de su mensaje nos dice: no hay objetivo de valor superior que asegurar la paz del mundo. Arriesgar el holocausto nuclear en función de una quimérica empresa de dominación mundial de clase sería tan suicida como insensato.

El colapso del proyecto comunista histórico

Este cambio histórico es, como normalmente ocurre, causa y efecto del hundimiento del "socialismo real" y, con él, del fin del proyecto comunista histórico.

¿Se ha percibido el carácter definitivo y global de este fracaso? ¿Se

han sacado las conclusiones acerca de las complejas implicaciones que traerá el derrumbe de un sistema social que hasta ayer era presentado como la “verdadera encarnación del socialismo”, como el resultado de un “desarrollo creador de la teoría marxista”, como el “único socialismo realmente existente”?

Para proseguir nuestro proceso de renovación, considero de la mayor importancia extraer las múltiples y complejas conclusiones de esta crisis orgánica del “socialismo real” y del sistema inspirado en el “marxismo-leninismo”.

Aún cuando está muy lejos de mi ánimo agotar el análisis de materia tan ardua, sólo por la vía del ejemplo me permitiré algunas reflexiones:

- a.— La crisis del “socialismo real” es de fondo. De fondo, porque de lo que se trata, en definitiva, es de la transición a un capitalismo de estado, moderno y transnacionalizado. Con ello se pone fin, al menos por un largo período, a la idea prometeica, tan propia de los marxistas y de sus fundadores, Marx y Engels, de transformar la sociedad con arreglo a un plan previamente concebido, basándose para ello en una teoría pretendidamente científica de la sociedad y de la historia. El fracaso del proyecto comunista es, en parte, el merecido castigo a la soberanía “cientificista” que le sirviera de “élan” inspirador.
- b.— El derrumbe del sistema comunista demostraría también las graves limitaciones de la idea, tanto marxiana-engelsiana como leninista, de que a través de la violencia revolucionaria, “partera de la historia”, sería posible “el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad”. La revolución proletaria, demiurgo de la historia para Lenin, condujo en los hechos a un sistema despótico y opresivo, en que los fines propios del socialismo —igualdad, libertad y solidaridad— fueron sustituidos o postergados por objetivos de dominación social y mundial.
- c.— Junto con el ocaso del “proyecto del comunismo histórico” (término acuñado por el comunista Achille Occhetto), han entrado en

crisis las ideas estadolátricas asociadas a esta versión del socialismo. La identificación, de clara estirpe estalinista, entre socialización y estatización era, a no dudarlo, falsa. Además, con ello se colapsa la idea de anclar el proyecto socialista en torno al problema exclusivo de la propiedad, reduciéndolo así a la cuestión de ¿cuánto Estado?, en el bien entendido de que cuanto más Estado, tanto más socialista se es.

- d.— El modelo soviético ha fracasado, el viejo imperio ruso se encuentra en desmembración y el propio destino de Gorbachov está sumamente comprometido y, muy fundamentalmente, porque lejos de suprimir la explotación y la alienación del trabajo, creó poderosos e inéditos mecanismos de extracción de plusvalía y de enajenación.
- e.— Esta crisis orgánica tiene que ver, además, con el intento de sustituir los mecanismos de mercado por la planificación estatal, global y centralizada. El resultado fue la venganza del mercado a través del surgimiento del “mercado negro”, de un profuso trabajo clandestino y de múltiples formas de corrupción. Todo ello ha sido reiteradamente denunciado por los propios dirigentes del comunismo soviético. El desprestigio de la planificación centralizada ha alcanzado niveles tan profundos, que muchos de los líderes políticos de los países del Este se han convertido en devotos admiradores del señor Milton Friedman.
- f.— Este derrumbe implica, además, la crisis de la idea de un socialismo concebido como un sistema económico alternativo al del capitalismo, iniciado en un país periférico, esto es, no capitalista; y exportado posteriormente a otros países, igualmente retrasados de la periferia. Esta no fue jamás la idea de Marx, para quien el socialismo advendría como producto de las agudas contradicciones de clase surgidas en la fase final de una pujante sociedad capitalista.
- g.— Si bien la crisis del proyecto leninista importa, a no dudarlo, la crisis definitiva de la ideología “marxista-leninista”, constituiría, a mi juicio, una ingenuidad suponer que el marxismo, a secas, sale indemne de esta gran catástrofe histórica. La razón es simple. Muchas

de las ideas que animaron el proyecto comunista tuvieron su origen en el pensamiento de Marx y Engels y, en consecuencia, muchos de sus vicios y defectos se debieron a las insuficiencias y limitaciones del pensamiento original.

De aquí, lo patético de algunas declaraciones de ciertos dirigentes comunistas para quienes, si bien “habría muerto el socialismo como sistema, no habría ocurrido así con las ideas socialistas de Marx y Engels”. Para ellos, al parecer, la crisis en Europa oriental y la URSS constituiría sólo la crisis de una forma específica de aplicación del marxismo y del leninismo, pero no, necesariamente, su refutación total.

Aún cuando podríamos estar de acuerdo con esta argumentación, no deja de parecernos curioso el relativismo de parte de quienes hasta hace poco defendían “la cientificidad” del “socialismo realmente existente” y consideraban a la URSS y demás países del Este como “la materialización creadora de las ideas de Marx, Engels y Lenin”.

En este capítulo —Chile y el cambio histórico— sólo he intentado hacer un breve y sintético recuento de algunos de los grandes temas que dan testimonio de la magnitud y trascendencia de los cambios en curso. Y ello, para insistir una vez más, en la fundamentación de una perentoria, impostergable y radical reelaboración de nuestras viejas respuestas, creencias y certidumbres.

Consumar la renovación imperativa e insoslayable

Una reflexión sobre la profunda renovación que está experimentando la idea del socialismo en el mundo y sobre la necesaria renovación de éste en Chile, por somera que sea, supone partir de un interrogante tan básico como elemental: ¿por qué es necesaria la renovación?

Insistimos: no pretendemos agotar el tema, sino tan sólo apuntar a algunos de sus aspectos más resaltantes a fin de suscitar y contribuir a una amplia, profunda e insoslayable reflexión acerca del socialismo hoy.

En lo que se refiere al Partido Socialista de Chile, es de fundamental importancia hacer un poco de historia, remontándose a los orígenes de la “renovación socialista”. Esta se inició a fines de los años setenta, con indesmentibles acentos autocríticos. Según ella, los sucesos de 1973 —el golpe militar y la interrupción violenta del proceso de transición al socialismo, por una vía institucional— comportaron no sólo una derrota del pueblo de Chile, sino, también, un importante fracaso de la dirección de los partidos de la “Unidad Popular” y, concretamente, del Partido Socialista.

Este fracaso se debió, entre otras causas, a la acumulación de vacíos, insuficiencias y ambigüedades teóricas y doctrinarias, que impidieron dar coherencia al proyecto, creando en torno a él un vasto consenso nacional, claramente mayoritario.

Entre 1971 y 1973, nuestras certidumbres y concepciones sobre la transición al socialismo se hallaban impregnadas de leninismo y, en no menor medida, de añadidos teóricos surgidos de la revolución cubana. Ello impidió desarrollar un programa de gobierno y un estilo político coherentes con el objetivo estratégico de transformar la sociedad chilena sin solución de continuidad institucional, sin ruptura revolucionaria, sin el clásico asalto al “Palacio de Invierno”.

La línea divisoria dentro de la izquierda chilena se planteó en aquella época, 1979, entre quienes sostuvimos la interpretación anterior y quienes vieron, por el contrario, en la falta y carencia de un leninismo consecuente, la razón última y determinante de la derrota. Más allá de esta cuestión, en sí misma fundamental, lo cierto es que 1973 importó una prueba crucial para todo nuestro edificio teórico y para nuestra visión del proceso histórico.

Hoy, los vacíos e insuficiencias de que hemos hablado se han ampliado en un grado sin precedente, como consecuencia de la crisis mundial de las izquierdas y de sus bases conceptuales fundamentales: el marxismo y el leninismo.

No hay forma de proseguir el impulso renovador escabullendo el cuerpo a esta especie de “crepúsculo de los dioses”. Pretender que el derrumbe del “socialismo real” deja incólumes los fundamentos teóricos de

este fracasado intento de transformar la sociedad según un diseño humano previamente concebido, me parece tan irreal como irresponsable.

El leninismo, como teoría fundamental de “la revolución” y del “partido revolucionario”, se ha derrumbado junto con el “socialismo real”; y el marxismo se halla, por decir lo menos, en una grave crisis, sobrepasado por esta situación y por la gran mutación histórica en curso.

La segunda poderosa razón para fundamentar nuestra exigencia de renovación reside en que el Chile de 1990 es diverso al Chile de antes de 1973.

Sólo una radical reformulación de nuestro acervo histórico nos permitirá entender la lógica de los cambios ocurridos en los 16 años de dictadura y, a partir de esta comprensión, fundamentar un nuevo proyecto de cambio social, adecuado al nuevo período histórico por el que transitamos.

El tercer argumento en pro de la renovación reside en los colosales cambios ocurridos en el contexto mundial, bajo los influjos de una verdadera mutación “civilizacional”, impulsada como hemos visto por la aceleración vertiginosa de las fuerzas productivas, técnicas y científicas.

Estos cambios (que por cierto incluyen, entre otros, el colapso del “socialismo real”, la liberación de la mujer, los peligros del holocausto ecológico, de la apocalipsis nuclear), no son interpretables a la luz de las solas categorías marxistas. No estamos diciendo que éstas no aporten elementos de análisis extraordinariamente útiles y vigentes, pero, a su vez, contienen tantas verdades a medias y tantas falsedades manifiestas, que los elementos útiles deben ser precisados y reformulados en un nuevo cuerpo teórico, en un nuevo paradigma de cambio, en una nueva utopía de socialismo, moderno, humanista, plural y libertario.

El nuevo proyecto histórico del socialismo chileno no puede desconocer ni olvidar estos tres acontecimientos capitales: nuestra derrota, sus razones y sinrazones; el cambio de Chile a contar del Golpe de Estado; y la transformación planetaria.

Por el contrario, debemos enfrentarlos y asumirlos con decisión, sin ambigüedades ni escapismos, so pena de terminar en un fracaso aún mayor.

Pensamos por ello, y lo decimos con abierta franqueza, que los intentos de fundar la renovación del socialismo en pretendidos retornos al “verdadero Lenin” o al “verdadero Marx”, constituyen estériles ejercicios escolásticos.

Los cambios ocurridos en Chile, en América Latina y el mundo, exigen de los socialistas un cambio fundamental de óptica y perspectiva. Si recogemos las lecciones de la historia y postulamos un socialismo sin “gulag”, sin ideología oficial, sin partido único y de Estado, está claro que debemos realizar ese radical cambio de óptica en la fundación del nuevo proyecto de sociedad. El deberá descansar en la libre adhesión de las mayorías nacionales, en la expansión y enriquecimiento de la sociedad civil, en el desarrollo del pluralismo ideológico, en la permanente aspiración humana al perfeccionamiento moral, individual y colectivo.

Este cambio radical de óptica nos exigirá más humanidad en el campo teórico, más debate interno libre, más diálogo con diversas corrientes del pensamiento humanista cristiano y racionalista laico.

Por otra parte, implicará también superar la pretensión de fundamentar el socialismo en una exclusiva teoría, materialista y dialéctica, de la historia y de la sociedad. El socialismo es técnica, es ciencia y es necesidad, pero también, y tal vez en primer lugar, es humanidad, es libertad y es creación. Por ello el socialismo, además de descansar en un conocimiento, cuanto más riguroso y objetivo tanto mejor de la realidad social y de sus mecanismos de cambio, debe estar indisolublemente ligado a un imperativo moral y ético. Este imperativo tendrá diversas expresiones, y cada una de ellas una diferente dinámica histórica: aumentar los grados de igualdad, sin sacrificar las libertades; propugnar el desarrollo económico, sin olvidar la justicia social; impulsar el progreso científico y técnico, sin violar los equilibrios ecológicos; y, en general, compatibilizar los “sagrados” derechos individuales con los también “sagrados” imperativos sociales.

Diversos autores marxistas, entre ellos Lenin, llegaron a jactarse de que “el socialismo científico” no tenía un “átomo de moral”, dicho esto en el sentido de no ser necesaria la fundamentación ética, puesto que él se basaba en leyes científicas.

Pensamos que esta jactanciosa afirmación ha sido desmentida por la historia. Un socialismo que intente definir sus objetivos y medios con prescindencia de principios morales y con exclusiva fundamentación en “leyes científicas”, está condenado al fracaso. En su polémica con los “marxistas científicos”, Max Adler tenía razón. El advenimiento del socialismo no es ni será una fatalidad de la historia, sino un producto de la lucha del género humano por conquistar nuevos y superiores espacios de libertad y de justicia. Esto es, por ascender a más altos niveles de comprensión ética.

La fundamentación moral del socialismo es, para mi, de esencial importancia.

El sistema capitalista moderno ha demostrado ser extraordinariamente dinámico e innovador. Su problema no ha sido, como pensara Marx, el de necesariamente transformarse en un obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas. En cambio, algunos de sus aspectos más repudiados es su amoralidad y las inicuas desigualdades que ha ido engendrando, tanto dentro de las sociedades nacionales como en el sistema mundial: a lo menos cuatro de los cinco mil millones de seres humanos que pueblan la Tierra están excluidos de los presuntos “beneficios” del capitalismo. Y, si por arte de magia se incorporaran a sus altos niveles de producción y consumo los otros, los “condenados de la tierra” (el 80 por ciento de sus habitantes), las materias primas y las fuentes energéticas del mundo se agotarían en menos de veinte años. A ello debemos agregar los efectos devastadores del “productivismo” y “consumismo” en la ecosfera y el grado creciente de alienación de enormes masas humanas, amén del uso creciente de drogas, del gigantesco tráfico de armas, del comercio de la pornografía, de la violencia y de la inseguridad.

El capitalismo, librado a su lógica inmanente, conduce a un desastre social, ecológico y moral que amenaza, de paso, la supervivencia misma del género humano.

Los anteriores son sólo algunos aspectos de una reflexión sobre la renovación del socialismo, que debemos abordar todos los socialistas

conjuntamente. A partir de ellos, quisiera expresar mi profunda convicción de que nuestra renovación, la renovación del socialismo chileno, se encuentra en una fase aún temprana de su desarrollo. Iniciada a fines de los años setenta, experimentó una aceleración en la década siguiente. Y fue gracias a ella que el socialismo pudo convertirse en actor decisivo del proceso nacional chileno, haciendo una contribución señera a la cristalización de un vasto consenso democrático y a la derrota política del autoritarismo en los años 88 y 89. El socialismo renovado, junto con otras fuerzas anti-dictatoriales democráticas, creó la “Concertación de Partidos por la Democracia”, contribuyendo, así, al fracaso de la dictadura en el plebiscito de 1988 y a la victoria de Patricio Aylwin en 1989. Gracias a este enfoque renovador, fue posible evitar la marginalización de la izquierda y la muy posible perpetuación del proyecto autoritario.

El mérito recae sobre todos los dirigentes y militantes comprometidos con el impulso renovador de aquellos años, pero muy especialmente sobre los compañeros Jorge Arrate y Ricardo Núñez, quienes fueron sus principales líderes.

Como podrá apreciarse, el cambio del eje central de nuestro enfoque histórico, de la “revolución social” a la “profundización democrática”, no está aún consumado y, por lo mismo, es todavía débil y vulnerable.

En mi opinión, la culminación del impulso renovador no tendría por qué amenazar la esencia del socialismo chileno, como algunos lo piensan, así como el de su perfil popular y su definición de fuerza de izquierda. Mi preocupación tiene su origen, más bien, en una causa de signo contrario: esto es, el peligro reside en la ausencia de un radical espíritu renovador. Sin una renovación esencial, el socialismo chileno difícilmente podrá conservar sus enormes potencialidades presentes para devenir en la gran fuerza dirigente de la izquierda chilena y, con ello, influir no sólo en el cambio del propio centro político del país sino, incluso, en la transformación positiva de los partidos de derecha.

No olvidemos: los partidos comunistas de Europa Central se resistieron empecinadamente a la renovación y, producto precisamente de ese

soberbio empeñamiento, concluyeron no sólo por sucumbir, sino además por renegarse.

Por un partido socialista de izquierda, crítico, moderno, plural y coherente

En los momentos cruciales de la historia actual, las colectividades políticas, así como los intelectuales más lúcidos y los individuos más responsables, deben hacer un balance autocrítico, lo más objetivo posible, de su vida, de su trayectoria, de sus virtudes y defectos, de sus logros y fracasos.

El Partido Socialista de Chile se encuentra, a mi juicio, enfrentado a uno de esos momentos de su propia historia. En consecuencia, deberá proceder a un descarnado esfuerzo colectivo y a una definitiva y seria reflexión teórica.

Nadie, o muy pocos, podrán negar el considerable papel desempeñado desde su fundación por el socialismo en la histórica tarea de democratizar y modernizar a Chile. En compañía de otras fuerzas de izquierda hemos dado una larga y dura lucha por la industrialización del país, por transformar sus estructuras arcaicas, por democratizar la vida de Chile, por el control y recuperación de las riquezas básicas. Esa lucha, pese a todo los avatares y adversidades, fue exitosa. Entre los años treinta y los años sesenta Chile experimentó un cambio gigantesco, dando un salto, desde la sociedad agraria, patriarcal y oligárquica, a una sociedad urbana en franco proceso de modernización y semi-industrializada.

Durante todo este período, tanto por su acción como por su pensamiento, el Partido hizo una contribución señera a la incorporación de Chile al siglo XX.

Guiados por un auténtico afán de bien público, de grandeza nacional y de justicia, nos esforzamos por hacer de la política una actividad generosa, idealista, sometida a normas éticas, ajena a propósitos espurios de enriquecimiento personal y de búsqueda del poder por el poder mismo.

Salvador Allende, entre todos los socialistas, encarnó mejor que nadie estas virtudes y este compromiso. Su vida, al servicio del pueblo y de Chile, así como su muerte, constituyen un testimonio irrefutable de ello.

Por otra parte, también nuestra toma de posiciones frente a los grandes conflictos y movimientos ocurridos en el mundo a contar de la Primera Guerra Mundial, fue sorprendentemente justa y correcta. Estuvimos siempre sosteniendo las causas más nobles y justas de la humanidad. No fuimos jamás vasallos de ningún "vaticano". Conservamos, a pesar muchas veces de nuestra extrema ideologización, una objetividad esencial. En la Guerra Civil española sostuvimos sin desmayo la causa republicana. Nos inscribimos resueltamente en el gran movimiento anti-colonialista universal y, en tal virtud, condenamos las guerras libradas por las grandes potencias capitalistas en India, Argelia o Vietnam.

Y frente a las ocupaciones de Hungría o Checoslovaquia y a la invasión de Afganistán, proclamamos nuestra opción cardinal por la auto-determinación de los pueblos, aun cuando se sostuviera que se trataba de "defender el socialismo".

Denunciamos tanto la "monstruosidad de izquierda", expresada en el estalinismo, como la "perversidad intrínseca" de derecha representada por Hitler y el nazi-fascismo. Con Lázaro Cárdenas en México, y con Nasser en Egipto, testimoniamos nuestra adhesión irrestricta al derecho de los estados a disponer de sus riquezas fundamentales.

Martín Luther King encarnó para nosotros el decidido rechazo a toda forma de racismo o de discriminación racial. Acogimos con entusiasmo las victorias de Fidel Castro en Cuba y de los sandinistas en Nicaragua, como manifestaciones de una justa ambición a afirmar nuestras identidades de pueblos libres frente a Estados Unidos, y como un logrado intento de hacer justicia a las enormes masas desposeídas del continente.

Por último, no dudamos, desde sus inicios, en considerar como muy positivo los cambios de magnitud histórica protagonizados por Gorbachov en la URSS y los demás países de Europa Central.

Pero, honestidad y objetividad obligan. Necesario es reconocer que, junto a estos notables aciertos históricos, a la lúcida y permanente

autonomía de que siempre hizo gala el socialismo chileno, y a su característica esencial de fuerza no conformista y de lucha, debemos, también, contabilizar en él las tendencias al sectarismo, al maximalismo, a los análisis maniqueos, a las fórmulas esquemáticas, a un excesivo ideologismo. Al mismo tiempo, con ello, incurrimos en marcadas tendencias caudillistas y en luchas intestinas menores que condujeron a repetidas divisiones, con grave menoscabo del prestigio y seriedad del Partido. Además, nos fue difícil dar precisión, realismo y coherencia a nuestra propuesta estratégica, a nuestro proyecto de transformación y cambio.

Hoy nos encontramos en otro período histórico. El mundo, América Latina y Chile son otros. Se ha desplomado el proyecto histórico comunista y, junto con él, ha perdido vigencia la transición del capitalismo al socialismo por la “vía leninista” y, en cambio, se ha colocado en el orden del día la transición del socialismo al capitalismo por la “vía gorvachoviana”. Ha cesado el conflicto Este-Oeste y la bipolaridad mundial se ha convertido en monopolaridad. El Norte, incluidos en esta noción la Unión Soviética y los países de Europa del Este, aparece reorganizado bajo el liderazgo de Estados Unidos, en la guerra “santa” contra Irak. A ello debemos agregar el acontecimiento clave de la post-guerra: la unidad de las dos alemanias. Ha surgido una nueva superpotencia con el beneplácito soviético. Ambos hechos estelares marcan el inicio de este nuevo capítulo de la historia: la del post-comunismo.

Pero, volvamos a nuestro tema. Hace más de diez años iniciamos una dolorosa reflexión autocrítica abriendo con ella las “grandes avenidas” de la renovación.

Es la hora de consumir nuestra autocrítica y de regenerar el impulso renovador.

Lo anterior supone realizar una opción fundamental y definitiva por la democracia. En el pasado hicimos esfuerzos, por desgracia insuficientes, para perfilar una concepción auténticamente democrática de socialismo. Esta, pese a nuestras buenas intenciones, continuó descansando en la idea de una transición al socialismo a través de una ruptura violenta con el capitalismo, inscrita en la lógica leninista, sin percatarnos que con ello incurríamos en una negación flagrante de nuestra profesión

de fe democrática; e ignorando que por esa “vía revolucionaria”, cuando más, llegaríamos a una nueva forma de totalitarismo y no a un socialismo democrático. Ni siquiera nuestro apoyo a Tito, nuestro rechazo decidido del estalinismo, nuestra condena sin vacilaciones a la ocupación de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968, a la invasión de Afganistán en 1981, nos condujeron a un juicio “globalmente negativo” de ese universo y a una opción definitiva y categóricamente diversa.

Pero con todo, lo peor no fueron nuestras inconsistencias en el plano teórico, sino un reiterado divorcio entre nuestro discurso y nuestra práctica política. Cuando, impulsados por el espíritu de la época y la manera de pensar la realidad, adheríamos al “marxismo-leninismo” y a diferentes “formas de lucha”, no dejábamos por ello de participar en las elecciones y en el Parlamento “burgués”.

Ejemplos como éste podrían multiplicarse, pero tampoco se trata de un acto de auto-expiación. Quisiera ser bien comprendido. Muy lejos estoy de complacerme en este ejercicio autocrítico. Si lo hago, no es por encontrar temporal alivio en una especie de catarsis personal, ni por una súbita compulsión sado-masquista. Creo que las mencionadas inconsistencias deben terminar de una vez y para siempre si es que aspiramos a constituirnos en un poderoso referente nacional, de izquierda y democrático, en esta nueva etapa de la historia nacional.

Para ello, pienso que el Partido deberá organizarse en torno a un imprescindible consenso básico, de ideas y propuestas, expresadas en un programa:

- donde se precise nuestra nueva visión del mundo y la forma en que hemos asumido nuestra propia experiencia pasada, así como la de los magnos acontecimientos ocurridos;
- donde se definan los valores morales y objetivos políticos que deberán guiar nuestro quehacer nacional y mundial en el próximo futuro;
- donde se perfile la naturaleza e identidad del socialismo que estamos proponiendo a Chile;
- donde se fundamente el carácter del socialismo chileno, de gran fuerza nacional, de izquierda, de reforma y de cambio social;

- donde se de cuenta de nuestra definitiva y crucial opción democrática;
- donde se formule el nuevo proyecto histórico y se precisen las fuerzas sociales, intelectuales, políticas y culturales que lo han de sustentar, ésto es, del nuevo bloque histórico a construir para catapultar a Chile en el siglo XXI.

Naturalmente, no creo que el remedio para los males endémicos de que hablamos sea adoptar formas autoritarias fundadas en el “centralismo democrático”. Estoy por un Partido Socialista con una vital y dinámica democracia interna. No un Partido monolítico. Sí, un Partido con tendencias, pero que ellas luchen lealmente por definir y precisar sus concepciones, siempre y cuando éstas sean mutuamente comprensibles y se encuentren insertas en un común marco doctrinario, en un gran consenso de principios y valores.

Pienso que la renovación ha ido suficientemente lejos como para que el consenso se establezca en torno a la adhesión irrestricta a la democracia, a la alternancia en el ejercicio del poder, al respecto de las minorías cualesquiera sea su representación o su ideología, a una vía político-consensual al socialismo, a un socialismo no estatista, democrático, crítico y plural. No podemos ni debemos permitirnos una larga convallescencia en el cumplimiento de esta aspiración común.

Finalmente, me interesa subrayar que una cosa es el pluralismo y la democracia interna, y, otra, muy distinta, es la convivencia de ideas absolutamente opuestas, de vías en esencia diversas. Las primeras son síntomas de vitalidad, condición de creatividad, expresión de coherencia y fe democrática. Las últimas, en cambio, son una enfermedad a superar, un síntoma inequívoco de que “algo huele mal en Dinamarca”.

El Socialismo y el Partido por la Democracia (PPD)

Uno de los temas más debatidos entre socialistas, en el último tiempo, es el de las relaciones entre nuestro Partido y el “Partido por la

Democracia”. Incluyo a continuación algunas someras reflexiones sobre el tema.

Creo que todo análisis serio sobre este tópico debe partir de una constatación elemental y de algunas interrogantes básicas, asociadas a aquella.

La constatación elemental es reconocer que el PPD, nacido como partido instrumental y, en consecuencia, efímero, se ha transformado en una realidad política, cobrando vida más allá de la coyuntura y de sus objetivos iniciales.

A partir de esta constatación, las interrogantes surgen por sí mismas: ¿por qué ha ocurrido así?; ¿por qué un partido, creado para fines específicos, no sólo sobrevive al plebiscito de 1988 y a las elecciones de 1989, sino también a la reunificación del socialismo?; ¿por qué el PPD, un partido fundado y, en gran medida, dirigido por socialistas, sigue coexistiendo con el PS y, aún más, disputándole una parte de su rol y de la escena?

Para ir derechamente al grano: no creo que la cuestión sea reducible a un problema de pretendidas aspiraciones presidenciales, que encontrarían apoyo en el PPD y oposición en el PS. Este factor tal vez existe, pero no constituye a mi entender la respuesta última. La explicación de fondo tiene que ver, a la vez, con el PPD y con el PS, aunque por razones opuestas. El PPD sobrevive y, según algunos, se refuerza, porque pese a los obstáculos satisface una demanda real, proveniente de sectores de ciudadanos que van desde la derecha democrática hasta la izquierda, pasando por el centro. Esta demanda podría interpretarse, en síntesis, como el deseo de participar en la vida política del país, de entregar su opinión frente a los grandes temas de la actualidad, sin tener que pagar tributo a los “ideologismos” y a los aparatos dirigentes de los viejos partidos clásicos. Dicho de otra manera, por una parte, es expresión de un compromiso con las grandes opciones de la hora presente —entre otras, democratización, modernización substantiva, justicia social, defensa ecológica, paz— y simultáneamente, por otra, revela una seria desconfianza en los partidos históricos.

Esto, por el lado del PPD. Por el lado del PS, a mi juicio, la razón

de fondo de la porfiada y conflictiva supervivencia del PPD reside, ni más ni menos, en el debilitamiento del impulso renovador del socialismo. Ello es explicable. El imperativo de la renovación debió ser postergado frente al imperativo de la reunificación.

Por lo mismo, el PS no ha logrado aún ahuyentar sus viejos fantasmas y entre otras justificadas razones, debido al corto tiempo transcurrido, no ha logrado transformarse en un Partido moderno de masas, con sólida raigambre popular, con creciente poder de convocación entre los intelectuales, las mujeres y la juventud; un partido de izquierda, crítico, coherente y pluralista, que en sus propuestas y en su práctica anticipa y prefigura la sociedad por la que dice luchar.

Con esto estamos afirmando algo simple: la existencia del PPD es, en parte significativa, correlato de las debilidades del PS para renovarse. Es decir, para democratizarse y modernizarse. Estas consideraciones, como es fácil advertir, no contestan explícitamente a la pregunta de cómo se resuelven las contradicciones entre el PS y el PPD. Pero sí contienen los gérmenes de una respuesta.

En mi opinión, esta respuesta pasa por la aceptación, al interior del PS, de la realidad de la existencia del PPD. Más aún, pasa por el reconocimiento del carácter positivo de esta colectividad, en tanto la renovación del PS no cobre nuevos bríos. En esta lógica, la renovación se verá impulsada en el marco de una interacción recíproca entre PPD y PS.

Sin lugar a dudas, la renovación del PS no consiste en transformarse en otro PPD; sino en ir cambiando su realidad e imagen, con objeto de constituir un referente viable, coherente y serio de gobierno futuro, ubicado a la izquierda del centro, y con indesmentida vocación democrática. Si lo lograra, habría resuelto sus dificultades, no sólo con el PPD, sino también con el resto de la izquierda y con Chile.

Palabras finales

Estimados compañeros:

Durante un prolongado período de mi vida, de casi diez años, me he impuesto un receso político, absteniéndome de toda intervención pública, así como en la vida partidaria.

Este receso no ha tenido, por cierto, su origen en una indiferencia por la suerte de Chile o del Partido Socialista, ni menos en una pasiva resignación frente a la arbitrariedad del poder dictatorial de ayer o del tribunal militar de hoy. Muy por el contrario, ha provenido de una clara toma de conciencia que mi participación activa y visible, lejos de favorecer, perjudicaba la causa de la renovación partidaria y de la búsqueda de los consensos indispensables para derrotar la dictadura.

Tan intensas han sido las pasiones desatadas en torno a mi persona, alimentadas no sólo por propagandistas interesados del antiguo régimen, sino también por propios militantes del Partido, que todo me aconsejaba guardar silencio, aún cuando más de una vez me fuera difícil dado lo injusto y falso de las imputaciones, o de lo vergonzoso de las insolidaridades.

Si he cedido a esta aprensión, ha sido sólo frente a la relevante importancia que atribuyo al Congreso de Unidad Salvador Allende y a la acuciante necesidad de contribuir a abrir un gran debate interno —de largo aliento— sobre los grandes y fascinantes temas de la contemporaneidad, convencido como estoy de que no podremos continuar nuestra marcha “a tientas”; de que no podremos construir la gran fuerza política y moral que Chile reclama, guiándonos sólo por “el sentido común” y por las “tincas”, tan propias de nuestra idiosincrasia, o por un menguado pragmatismo de corto alcance.

En relación a ello, quisiera advertir acerca de los peligros que entraña para el socialismo, en Chile y en el mundo, el dejarse influenciar por un pragmatismo de corta vista, la mayor de las veces desprovisto de aliento moral y carente de sustancia política.

Esta *realpolitick*, no me cabe dudas, se verá favorecida por el hecho de haber concluido el período iniciado en 1917 con la revolución

rusa, caracterizado en sus inicios por grandes y gloriosas epopeyas, liberadoras de hombres y de pueblos. Hoy nos encontramos frente a otra fase histórica, seguramente menos heroica, pero que exigirá, en cambio, mayor madurez y reflexión.

Compañeros, os ruego creerme:

A través de estas páginas, no busco asumir una posición de mentor ni dar lecciones de ningún especie. Menos aún distribuir aprobaciones o condenas.

Como lo advierto al comienzo, estas líneas no están inspiradas en ningún designio político de tipo personal. Cuando pueda retornar al país, lo haré sin duda, pero está muy lejos de mi espíritu y ánimo intentar volver al tráguo de la política contingente.

Por último, me creo en el deber de hacer una pequeña aclaración. Como podrán haberlo advertido leyendo estas líneas y, probablemente, un libro-entrevista de reciente aparición, mi pensamiento e ideas son distintas a lo que lo eran antes de los años 75. Han transcurrido casi 17 años desde que debí abandonar el país. Y he cambiado, porque he intentado asumir con responsabilidad las dramáticas experiencias de mi vida personal —como hombre y como dirigente político— así como asimilar los cambios cruciales ocurridos en Chile, América Latina y el Mundo.

Mi invocación a la renovación del socialismo no es una simple figura retórica ni un maquillaje demagógico, tras el cual se ocultan el viejo dogmatismo y las antiguas verdades totalizadoras. Ella obedece a una convicción profunda, hija de esta dolorosa experiencia personal, pero también, y básicamente, del vertiginoso movimiento de la historia en el cual estamos inmersos. Para mí, la alternativa a la renovación es la fragmentación política y la irrelevancia histórica. Renovarse o morir, es hoy el insoslayable imperativo de las izquierdas en el mundo.

El comunismo italiano, por ejemplo, frente a la dramática disyuntiva, ha escogido la más dura de las opciones posibles. A pesar de su enorme influencia en la sociedad italiana y de su larga y lúcida evolución, ha decidido transformarse en un gran partido de izquierda europeo,

abandonando el nombre de comunista. Incluso los comunistas franceses, tan apegados a su ortodoxia, se hallan inmersos en un intenso debate ideológico que, por primera vez, promete superar sus dogmatismos y rigideces. El Partido Socialista Italiano también ha cambiado de nombre y ha creado un nuevo tipo de organización política. Y, por cierto, no voy a referirme a la debacle experimentada por los partidos comunistas de Europa del Este, donde ni uno solo de ellos ha conservado su nombre de comunista, ni mucho menos sus anteriores “unanidades”. Tampoco me referiré a la situación del Partido Comunista Soviético, cuya historia está aún escribiéndose. Sólo nos encontramos en los prolegómenos de ese alucinante y aún imprevisible drama histórico.

Sí, he cambiado para seguir siendo socialista. Diríamos, para ser más socialistas que antes. Después de haber vivido durante los 18 años de exilio en los dos extremos ideológicos del mundo, Berlín y París, en el “socialismo real” y en el “capitalismo avanzado”; de haber criticado al primero cuando todavía no era de “buen tono” y aún vivía allá, y de haber tomado aguda conciencia de los defectos y vicios más relevantes del segundo, estoy más convencido que nunca que sólo en la lucha por la construcción del socialismo será posible ir dando cabida a los grandes y nobles objetivos del humanismo racionalista, inscritos en la Carta de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en los estandartes de la revolución francesa, en el pensamiento de los preclaros intelectuales latino-americanos y en más de algunos de los honrosos principios que inspiraron a la revolución bolchevique.

Estoy plenamente convencido que toda lucha consecuente y exitosa por la democracia, por ampliar y profundizar nuestros espacios de libertad, de igualdad y de justicia, es un avance hacia el socialismo del siglo XXI, que en esencia debería ser crítico, humanista, creativo, libertario, tolerante y plural.

He dejado de creer en el socialismo como una estación terminal de la historia, obediente a leyes “inexorables”, o bien, como antesala de la “tierra prometida”.

Para mi hoy, la transición al socialismo no es la marcha forzada hacia la industrialización y la estatización de los medios de producción,

sino es un largo, complejo y difícil proceso histórico, donde se van conjugando, a través de múltiples y sucesivas reformas realizadas en todos los dominios de la sociedad, un altísimo nivel de desarrollo científico y tecnológico con un correspondiente avance en la calidad de la organización de la sociedad, en sus principios y en sus valores cívicos.

Esto en cambio ha reforzado mi fe en el socialismo, porque ella ha dejado de radicar en el cumplimiento inexorable de una fatal determinación histórica, para pasar a constituir el resultado posible de la grandiosa aventura del hombre en la Tierra, esto es, en definitiva, de mi confianza en la preferencia de la especie humana por la libertad, la dignidad y la razón.

Carlos Altamirano Orrego

París, octubre de 1990